

1

VIERNES, 15 DE DICIEMBRE DE 2000. NUEVA YORK, 21.00 HORAS
SÁBADO, 16 DE DICIEMBRE DE 2000. MADRID, 03.00 HORAS

Ascendí por la escalerilla delantera del avión mezclado con los pasajeros de clase turista y por la de caracol llegué al pequeño salón de «Gran Clase». Estaba vacío. Seleccioné la prensa de la mesita expositor, frente a la entrada, en inglés y en español, y me dirigí hacia el asiento asignado en la tarjeta de embarque.

El abrigo, la bufanda y los periódicos descansaron en la butaca vecina, la «3B», durante todo el trayecto. Antes de sentarme doblé cuidadosamente la chaqueta colocándola en el armario superior debajo del sombrero. Después de desabotonar el chaleco y el primero de la camisa, me arrellané en la butaca como si estuviera tomando medidas, pues no en vano íbamos a ser compañeros inseparables durante más de ocho horas y teníamos que hacernos amigos cuanto antes, en lo que echaba un rápido vistazo a las portadas de los diarios.

Demasiado tiempo libre para poner atención a la lectura en aquellos momentos de actividad, actividad casi febril en los preliminares del vuelo para salir a la hora programada, así que preferí dejarlos para más tarde y dedicarme a observar.

A través del ventanuco de ojo de buey, y gracias a las luces que se habían encendido, porque la bruma nocturna nos envolvía, observé varios aviones paralelos al mío enganchados a los

fingers, como si en vez de dedos que salieran de la Gran Terminal fuesen ubres enviando a los aviones, a modo de alimento, chorros y más chorros de pasajeros.

A pesar de los más de veinte metros de altura y de la oscuridad, me entretuve con las maniobras de dos operarios que lanzaban maletas desde unos carros a la bodega del avión a través de una cinta transportadora, pero me cansé enseguida y retomé los periódicos.

Justo en ese momento, al estirar el brazo izquierdo y rozar el papel, un temblor, como una descarga eléctrica, recorrió mi cuerpo. Era consecuencia del nerviosismo que me había aparecido en los últimos días y que en ciertos momentos me sacudía con calambres en piernas, brazos y zona trasera del cuello, agudizado con una taquicardia al atravesar las puertas de embarque.

Era muy extraño que algo me pusiera nervioso, porque la vida me había enseñado a adelantarme a los acontecimientos y tener previstas las consecuencias con mayor antelación que cualquiera de los colaboradores que trabajaban en las empresas que había ido creando por los países que me habían recibido y en los que dejé mi huella transformada en puestos de trabajo y riqueza. Pero la decisión que había tomado y puesto en práctica en cuestión de unos pocos días me asustaba. Me asustaba porque fue de resultas de un acto instintivo, sin reflexión serena. Pero a fin de cuentas, de un acto provocado por un deseo largamente esperado.

¿Tanto me impresionó aquella muchacha con la que tropecé en las escaleras de la Biblioteca Pública de Nueva York confundiénola con Candela? Sus mismos ojos, la mirada y el olor. Fragancias a lavanda, a romero y menta. ¿Era imposible? Una alucinación. ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Me necesitaba? ¿Un aviso para que regresara?

Recordé el momento. En el restaurante del hotel donde llevaba hospedado desde finales de junio, los seis meses que duró mi estancia en Nueva York. Al finalizar una de esas solitarias y silenciosas cenas a las que tanto estaba acostumbrado, dudando si el encuentro en la biblioteca había sido real o una absurda fantasía. ¿Realidad? Claro que fue real, olía el familiar perfume a

lavanda de sus cabellos, el pan tenía regusto a romero y en la atmósfera flotaba un intenso aroma a menta.

La decisión surgió como una llamarada que prendió fuego en el centro de un corazón que ansiaba vehementemente retornar a la soledad del caserío.

¡Regreso! ¡Me marcho para siempre! ¡Vuelvo a España!

Y poniéndome en pie, levanté la copa con el último sorbo de vino dejado para rematar la cena y, a carcajadas, brindé en voz alta:

—*¡Alea iacta est!*

En absoluto me preocupó la mirada de asombro del resto de los comensales, más bien todo lo contrario, y por eso salí saludando, despidiéndome, dando las buenas noches a todo el que se me cruzó en el camino y que, naturalmente, fui correspondido en un detalle de exquisita corrección. Al llegar a recepción comuniqué que al terminar la semana dejaba el hotel.

¡Y América! ¡América? ¡Claro que sí, América, toda América, América al completo, norte, sur y centro! ¡El continente entero!

Después recogí del perchero el grueso abrigo y, ajustándome el sombrero para defenderme de la baja temperatura, salí a darme el acostumbrado paseo hasta Central Park, a pocos minutos del hotel, el Roger Smith, en el 501 de Lexington Avenue, el único hotel que, en el corazón de Manhattan, reunía las condiciones que acostumbraba imponer a un hotel.

¿Y qué tenía de extraordinario este hotel, nacido en el primer tercio del siglo, que le diferenciase de los magníficos y famosos hoteles de los alrededores, más modernos, amplios y, teóricamente, más cómodos? ¿Puede un ser inanimado tener sentimientos? Puede ser, porque ese hotel los tenía. Los mismos que me marcaron desde que salí del caserío, la constante de mi vida, un desgarrón de mi destino, quizá, un deambular de hotel en hotel suspirando siempre por lo que jamás conseguí, un hogar. Sí. Un sencillo hogar donde calentarme, donde sentir el latido de una familia, escuchar risas infantiles, amar y sentirme amado.

Es probable que ésa haya sido la razón del menosprecio hacia los grandes hoteles y sus magnificencias, y de sus lujos y

comodidades en exceso, pues no tardé en comprender lo impersonal y frío que resulta ser uno entre cientos y sentir la reverencia y trato hipócrita de los desconocidos en busca de lo único que les interesa, el dólar, la plata.

Qué diferencia en hoteles pequeños, familiares, con sabor a «añejo», con un trato simple, humano, sincero y, en el mejor de los casos, familiar. Y en el Roger Smith me sentí a gusto.

Conocía perfectamente el motivo del nerviosismo y tampoco me engañaba. Era producto del miedo a que lo que dejé al irme ya no existiera, y que el sentimiento de angustia ante la soledad y abandono de aquel frío día de diciembre en que mi madre me abandonó a mi suerte, regresara. Había conseguido superarlo, pero los fantasmas, escondidos en algún rincón del alma esperaban agazapados y era consciente que en cualquier momento podían reaparecer.

Intenté tranquilizarme en la confianza de haber respondido sobradamente a los compromisos adquiridos, pues desde el año siguiente a mi llegada a Argentina, sin falta y, en la fecha prevista, acudí a la cita de la transferencia dineraria para pagar la parte correspondiente de las deudas contraídas.

Y con esta reflexión, inspirando profundamente, intenté serenarme. Estiré las piernas, tensé la espalda agarrándome las manos y, levantando los brazos con fuerza, los impulsé hacia atrás. Un suave suspiro de alivio acompañó al aire expulsado lentamente.

Un leve ruido me hizo volver la cabeza. Por el pasillo avanzaba una azafata. En un rostro impresionantemente hermoso destacaban sus ojos, verdes e inmensos. Un bucle suelto desprendido del elaborado moño ondulaba de un lado al otro al compás del cadencioso taconeo. Por un momento recordé la escultura marmórea de Paulina Borghese, pero a diferencia de su desnudez, se cubría con un bonito uniforme en dos tonos de azul con ribetes ocre.

Detrás, pasajeros buscando sus asientos. Ella, al verme, se acercó con una amplia sonrisa y con un gracioso acento sevillano que reconocí de inmediato a pesar de los años transcurridos, saludó.

—Buenas tardes, señor. ¿Llegó usted con los pasajeros de clase turista? ¿No pasó por la sala VIP?... ¿Antes de la cena

desearía tomar un vino blanco? ¿Un seco de Rueda, un afrutado Albariño?... ¿Un güisqui, quizá?

—No. Me entretuve en las *Duty-Free* y embarqué con los pasajeros de clase turista —contesté sin dejar de mirarla y con evidentes ganas de continuar una conversación a todas luces imposible—. Un *Rueda*, que es de mi tierra, me parece muy bien. Gracias.

Mordisqueé las almendras sintiendo el agradable calorcillo del vino atravesando la tráquea y llegando al estómago, cuando el Boeing 747 tembló al ser empujado hacia atrás por el tractor en dirección a la pista de rodadura. Los motores aumentaron su potencia proyectándose en unas ligeras vibraciones en los asientos. Entonces, inclinándome hacia atrás, musité:

—Enrique Valverde y Cabrera de Campos, ya no hay marcha atrás. Regreso para encontrarme con los fantasmas del pasado. La tercera y, supongo, última etapa de mi vida.

Así era. Marché en diciembre de 1975 de una España convulsa y expectante al cambio político que se estaba realizando por la muerte del general Franco y el regreso de la monarquía en la figura de Su Majestad Juan Carlos I, justamente el mes anterior. Con dieciocho años y una mayoría legal conseguida ante la ley, tomé la única decisión que consideré posible y a la desesperada, con la intención de salvar los restos del desastre económico del que fui víctima.

Y regresaba después de un periplo por Argentina, Uruguay, Brasil, Venezuela y Estados Unidos, rodando y rodando en un continuo empuje empresarial de creación, ampliación o fusión de un entramado de negocios, en los que, principalmente, los sectores ganadero, agrícola y sus derivados industriales llegaban desde Argentina hasta la frontera con Canadá.

Coloqué los periódicos encima de las rodillas, *The Washington Post* y *ABC*. Volví la vista hacia el ventanuco, pero ya sólo vi luces y sombras cruzándose a la misma velocidad que el avión rodaba por la pista alcanzando el punto de no retorno y se lanzaba al aire, en el momento que la rubia azafata, escultural, preciosa, con el pelo recogido en un moño estilo *Borghese* informaba a través del micrófono, primero en un cultivado inglés con acento

sevillano y a continuación en un gracioso sevillano con regusto inglés:

—Buenas noches, señores pasajeros. Son las 21.00 horas y partimos de Nueva York con destino a Madrid teniendo previsto llegar a las 10.10 horas del día de mañana.

Cuando comencé la lectura, el nerviosismo había desaparecido.